

minutos que Manuel Venegas permaneció todavía en su casa, ni los renovados, tristísimos adioses que allí se dieron aquellos seres de tan sencillo y tierno corazón.... —Temeríamos afligir demasiado á nuestros lectores, que, pues todavía no han soltado esta obra en que se rinde culto á la pobreza de espíritu, seguramente tienen la dicha de pensar y sentir como ellos.—Preferimos, pues, salir á la Plaza, y confundirnos con la generalidad del público, en cuya compañía podremos ver con más frescura la solemne marcha de Manuel Venegas y los dramáticos lances que acontecieron con este motivo.

VI

MARCHA TRIUNFAL.

Hacia una mañana hermosísima, sobre todo para aquellos felices mortales que no tuvieran fijos sus ojos en la negrura del revuelto mar de las pasiones, sino que hubiesen preferido salir al campo á espaciar su vista y su alma por el subli-

me templo de la Naturaleza, por la pintada Tierra, llena de prodigios, por la rutilante bóveda del Cielo, y por el propio cielo de una conciencia suficientemente limpia para poder reflejar las misteriosas visiones de lo Infinito....

No estaban de este humor aquel funesto lunes, 6 de Abril de 1840, las muchas personas que acudían á la Plaza Mayor de la Ciudad á enterarse de los adelantos que el dolor y la ira habían hecho durante la noche en el corazón de Manuel Venegas y Antonio Arregui. Ni hay que decir que el grupo en que más excitados estaban los ánimos, por cuenta ajena, era el formado, como de costumbre, á la puerta de la Botica, ¡terrible aduana, por donde tenía que pasar el infortunado Niño de la Bola al marcharse del pueblo!

“Vitriolo” estaba más acerbo y feroz que nunca, sin poder callarse (aunque no dejaban de aconsejárselo sus discípulos), y, si por acaso interrumpía sus discursos, era para decir á los que iban á comprar medicinas:

—“¡No hay de eso!”....—ó—“¡Vuelva usted más tarde!”—ó—“¡Dígale al enfer-

mo que se muera; que esto que le han mandado no sirve para nada!"

Ello es que no se apartaba del mencionado grupo, donde ya había tronado largamente contra la imbecilidad de Manuel—"cuya casa, dijo, había llenado de Santos y de viejas el Cura de Santa María, á fin de separarlo del camino de la decencia y del honor y hacerle faltar á sus famosos juramentos."

Luego añadió:

—Según mis informes, á las tres de la madrugada lo llevaban ya de vencida, y el cuitado estaba rezando el "confiteor" á los pies del Niño Jesús, después de haberle regalado una porción de joyas, á ruegos de Don Trinidad, que es una hormiguita para su Iglesia....—¡Pobre Manuel! ¡Si su animoso padre levantase la cabeza!

El auditorio se miró, como dudando de la congruencia de aquella invocación, y "Vitriolo," que lo advirtiese, dobló la hoja y pasó á otro asunto.

—En cuanto al marido de Soledad (exclamó con enfático tono), hay que reconocer que es un valiente! ¡Ya vieron ustedes lo que hizo ayer! ¡Ir, sin quitarse las espuelas, á la Ermita de Santa Lupa-

ria, en busca del célebre matón, á quien Don Trinidad Muley había escondido en una especie de escaparate!—¡Yo no dudo de que cuando sepa (como ya lo sabrá á estas horas) que su madre política y su hijo han pasado la noche en casa del amante de su mujer, vendrá á pedir satisfacción á éste, y echará por tierra todas las artimañas del fanatismo y la cobardía!

Muchas personas se apartaron muy disgustadas de aquel energúmeno, y fuéronse en busca de otros corrillos donde se comentasen más piadosamente las maravillosas y ya públicas escenas ocurridas aquella noche en la antigua "Casa del Chantre"..... Pero "Vitriolo" no se desconcertó por ello, sino que se rió de los que le dejaban, y continuó hablando de esta manera:

—¡Por supuesto, que Antonio Arregui irá de todos modos esta tarde á la Rifa, á recoger el guante de su rival!—Así lo juró ayer, cuando se enteró de que el hijo de D. Rodrigo tuvo antenoche el atrevimiento de ir á llamar á la puerta de su casa, estando él en la Sierra... —¡Lo sé de muy buena tinta!—¡Por consiguiente, si el "Niño de la Bola," el

de las amenazas de hace ocho años, se marcha del pueblo, sin acudir á la palestra, tanto peor para su honra y fama! ¡Verdad es que puede que todavía ignore nuestro pobre paisano (y se le haría un gran favor en contárselo) que Antonio Arregui fué ayer tarde á buscarle en son de desafío á la Capilla de Santa Luparia..... —¡Honor es de este pueblo que el asunto no se haga tablas de la manera indecorosa que se propone Don Trinidad Muley! ¿Qué dirían los riojanos, si el héroe de la Ciudad huyese de uno de ellos? ¿Dirían que los andaluces no tenemos sangre en las venas!—Y todo ¿por qué? ¡Porque los curas han sorbido los sesos á una especie de salvaje cargado de millones, á fin de sacarle el dinero!—¡Digo á ustedes que me abochorno de tan groseras supercherías!

—¡Y yo me abochorno de que usted vista el uniforme de persona humana! (exclamó el Capitán, que había llegado momentos antes.) ¡Usted es un bicho! “Vitriolo” se echó á reír.

—¡No se ria usted! (añadió el veterano, temblando de cólera.) ¡Mire que hoy vengo resuelto á aplastarlo, si no deja de

corromper el aire con sus viles calumnias!

—¡Amenazas y todo! (replicó el boticario despreciativamente.)—¿Lo han comprado también á usted? ¿Le ha tocado alguna joya de las regaladas al Niño de madera?—¡Pues me alegraré de que la disfrute!

Y le volvió la espalda, asustado de lo que acababa de decir.

—¡Lo que me ha tocado va usted á verlo ahora mismo! (rugió el Capitán.) ¡Tome usted! ¡en nombre del ejército!

Y arrimó al insolente materialista un soberano puntapié en la parte más vil de su materia propia.

El pobre ateo se llevó las manos á la parte contusa, y huyó diciendo:

—¡Ah! ¡lo de siempre! el militarismo! ¡el cesarismo! ¡la fuerza bruta! ¡el brazo secular de la tiranía!

—No ha habido tal “brazo,” mi buen “Papavêris”... (dijole Paco Antúnez, negándole el auxilio que fué á pedirle.) ¡La caricia ha sido con el “pie,” y de las buenas!

Y se alejó de él desdeñosamente.

Este lance, que hizo reír mucho á cuantos lo presenciaron, fué como la se-

fial y comienzo de la gran derrota que había de sufrir "Vitriolo," aquella mañana á la vista de todos sus discípulos.

Decímoslo, porque en tal momento comenzaron á salir de casa de Manuel las famosas cargas de equipaje, precedidas del arriero de Málaga,—que estaba contentísimo, creyéndose ya, sin duda, camino de las Indias.

La emoción del público, al ver aquella prueba material de que Manuel se iba, de que D. Trinidad había triunfado, de que la fiera perdonaba... fué grandísima, al par que noble y jubilosa, con muy escasas excepciones.

—¡Manuel se va! (decían unos.) ¡D. Trinidad no tiene precio! ¡Eso es lo que se llama un buen cristiano!

—¡Manuel se va! (exclamaban otros.) ¡La verdad es que este desenlace tiene algo de prodigio!

—¡Los Venegas fueron siempre así! (expuso el viejo buñolero de la Plaza.) ¡Parece que poseen el don particular de entusiasmar al pueblo!—La mañana de hoy me recuerda áquella otra en que D. Rodrigo salvó los papeles de D. Elías, del incendio que nadie quería apagar... —¡Todos aplaudimos entonces sin saber

por qué..., y ya está pasando ahora lo mismo!...—¡Miren ustedes!—La gente llora...; los chicos bailan de contento...; las mujeres se asoman á los balcones...—Voy á avisar á la mía...

—¡Lástima de dinero, que sale de la ciudad! (decían al mismo tiempo los de otro corrillo, aludiendo á las tres voluminosas cargas.) ¡Cuidado que ahí caben onzas!

En el interín, "Vitriolo," olvidado de su percance, como se olvida el General de sus heridas, hasta que concluye la batalla, acercábase desesperado y medio convulso al triunfante arriero, y le preguntaba con indecible angustia:

—¿A qué hora se marcha su amo de usted? ¿Tardará todavía algo? Habrá tiempo de hablarle?

—¡Qué ha de ser, hombre! (respondió el mallagueño, con voz descompasada.) ¡Lo que hay en este pueblo es un Cura que vale más que Dios!

Y, quitándose el calañés, y tremolándolo por alto, exclamó en medio de la Plaza, con un fervor y un gracejo indescriptibles:

—¡Caballeros! ¡Viva D. Trinidad Mu-
ley!

—¡Viva!—respondieron más de mil voces.

Y tampoco faltó quien convidara, en el acto, á aguardiente y buñuelos al señor Frascuito Cataduras, en pago de la "justicia que acababa de hacer á un hijo de tan calumniada ciudad."

Desde aquel instante, la batalla estaba completamente perdida para "Vitriolo."—Todo el público era del Cura, aplaudía su obra, respiraba la grata atmósfera del bien, daba sanción á la pacífica retirada de Manuel Venegas.

Y tal fué el momento en que nuestro héroe apareció á caballo en la puerta de la que tan pocas horas había sido su casa.

Un murmullo de honda conmiseración lanzó la apiñada muchedumbre.

Manuel avanzaba rígido, cárdeno, silencioso, mirando al cielo, por no mirar al mundo, y acompañado de D. Trinidad Muley, que marchaba á pie á su derecha, y le dirigía de vez en cuando alguna palabra consoladora.

Era, exactísimamente, el luctuoso cuadro de un reo marchando al patíbulo.

El gentío empezó por saludarlo grupo á grupo, según que iban pasando por

delante de cada uno de ellos; pero al fin acabaron descubriéndose todos de golpe, como cuando se está en presencia de un rey.

Ocurrió entonces un incidente en que repararon muy pocos.—La célebre "Volanta" trató de acercarse á Manuel Venegas, por el lado opuesto al en que iba D. Trinidad, y aún se vió en sus manos un papel, que pudo suponerse una petición de limosna.

—Pero el sacerdote, que lo observara, pasóse con rapidez á aquel lado; y miró y habló á la indigna vieja con tal furia, que la hizo huir y esconderse entre la muchedumbre.

Manuel no advirtió nada, sino que prosiguió su marcha triunfal, mudo, inmóvil, indiferente, clavado en el caballo, como el cadáver del Cid, y ganando, como él, aquella batalla póstuma á que no asistía su espíritu.

De este modo pasaba ya por delante de la puerta de la botica, no sin profundo dolor de "Vitriolo," que iba á encerrarse en ella con su derrota cuando notóse gran agitación al otro lado de la Plaza, y vióse que Antonio Arregui, lírico de furor, corría primero hacia la

casa en que Venegas había vivido y luego en seguimiento de él,—indicado que le hubo alguien que aquel jinete era la persona á quien buscaba.

Pero D. Trinidad, estaba en todo; y, abandonando á Manuel, voló al encuentro del indignado Arregui, al cual (justo es decirlo,) detenían aquella vez muchas personas bien intencionadas, de cuyas manos iba deshaciéndose á duras penas.

Pocas palabras le habló D. Trinidad para explicarle satisfactoriamente cómo y por qué su suegra y su hijo habían pasado la noche en casa del "indiano," y pocas también para convencerle de lo extemporáneo y hasta sacrilego del paso que quería dar, provocando á un hombre arrepentido y valeroso, que huía del combate por creerlo injusto, y se marchaba para siempre de su patria.

Arregui quedó absorto, al hacerse cargo de aquellas inopinadas novedades; y, como tenía mucho y excelente corazón, y D. Trinidad era el grande hombre que ya conocemos, y el mudable público echaba aquel día su peso en el platillo del bien, ocurrió una cosa que de otro modo hubiera sido incomprensible.

Pero digamos qué le había pasado entretanto á Manuel Venegas.

Tan luego como D. Trinidad se apartó de él, corrió á reemplazarle "Vitriolo," el cual tuvo la audacia de coger la brida y parar el caballo, mientras que alargaba la otra mano al "Niño de la Bola" y le dejaba á media voz:

—¡Buen viaje, vecino!—¿No quería usted conocer á D. Antonio Arregui?—¡Pues ahí detrás lo tiene, luchando con el señor Cura, que no puede ya sujetarlo!

El aborrecible nombre del marido de Soledad despertó á Manuel de su estupor y le hizo oír las demás palabras de "Vitriolo."—Volvió, pues, rápidamente el caballo, y preguntó, echando fuego por los ojos:

—¿Cuál? ¿Cuál es?

Y se encontró con D. Trinidad Muley, que tornaba ya en su busca, diciéndole:

—Hijo mío: completa tu obra...—Aquí tienes á D. Antonio Arregui...—Te suplico que le pidas perdón...

Arregui estaba dos ó tres pasos más atrás, altivo, digno, dispuesto á todo, bien que no pudiendo menos de admirar aquella noble, hermosa y dolorida figura, que veía por primera vez, y acaso,

acaso compadeciendo tan inmerecido infortunio.

Manuel contempló amargamente al esposo de Soledad, y vaciló algunos instantes entre los dos abismos que volvía á presentarle la desventura.

Reinó, pues, en toda la Plaza un hondo silencio, preñado de horrores.—Los segundos parecían siglos.

—¡Piensa en mí! ¡Piensa en quién eres! ¡Piensa en D. Rodrigo Venegas! ¡Piensa en el niño Jesús!—murmuró D. Trinidad, levantando hacia el joven las abiertas manos, en ademán de plegaria.

Manuel tembló de pies á cabeza, como si, al renunciar á su última y suprema arrogancia, renunciase también á la vida, y, quitándose respetuosamente el sombrero, saludó al hombre á quien había jurado matar.

Arregui se descubrió casi al mismo tiempo, respondiendo hidalga y francamente á aquel saludo.

Una salva de aplausos estalló entonces entre el gentío, mientras que mil y mil voces ensordecían el aire gritando:

—¡Viva Manuel Venegas! ¡Viva Antonio Arregui! ¡Viva D. Trinidad Mulevi! ¡Viva el Niño Jesús!

Manuel había metido espuelas entre tanto, y desaparecido como una exhalación, sin que la "Volanta," que corrió detrás de él, consiguiera darle alcance, ni detenerlo con sus descompasados gritos.